

¡Ay! Mi palomito

En ese entonces, cuando los delitos se volvían secretos y los secretos se volvían culpa, nació yo, Laura... ¡Sí!, tu madre.

Cuenta mi abuela que en ese entonces nuestro país pasaba por momentos difíciles, no importaba quién pasaba por encima de quién, la vida dependía de eso en aquella época, rondaba la injusticia y sobre todo el miedo. Según ella, vivimos largos años escondidos de quién fue nuestro mayor enemigo, los poderosos de derecha. Jamás entendí la situación, en ese momento no pude comprender quién era el malo de esta historia. Nunca pude compartir el gran ímpetu de quién fue mi padre, Alonso, hombre ejemplar que murió deseando una vida mejor, cayó en manos del estado y jamás pude compartir la sensación de amor a mi patria.

En primavera del año 1971, cuando las hojas vuelven a nacer y el verde se apoderaba de nuestros días, oía a mi padre decir repetidas veces que faltaba muy poco para empezar una vida nueva, para ese entonces yo tenía 6 años y como te darás cuenta no entendía el significado de ese renacer en mi familia, sin embargo, era feliz con solo escuchar a mi padre con su guitarra diciendo una y otra vez ¡Ay mi palomita!, se encontraba con los ojos de mi madre quien de un sopetón se lanzaba a los brazos de él.

Querida Ana, yo era feliz, a pesar de lo que hay escrito en los libros de historia, a pesar de lo que escuchas de la gente, quiero que sepas que nada me hizo más feliz durante mi infancia que aquella canción que día y noche entonaba mi padre. ¡Ay mi palomita!, daría todo por volver a abrazarte y que esa mirada con desdén desapareciera de tus ojos marrones. Han pasado años y aún no puedo remediar tu dolor, por eso quiero contarte esta historia, para que logres entenderme. Sé que en ocasiones te faltó una madre, sé que mi lucha por mis ideales era mayor a preocuparme de tu cuidado, pero lo hice por ti, por los que vendrán y por los que no están.

Continuando con la historia, los meses pasaban y ya no escuchaba a mi padre con su guitarra, a menudo desde mi habitación se le escuchaba despertar a gritos a mitad de la noche desesperado buscando ayuda, yo jamás supe de quien esperaba tanto amparo. Mi madre por otro lado, ya no tenía ese brillo en los ojos, ya no me contaba cuentos de noche y no había mucho que comer, la plata escaseaba y las carencias eran mayores. Una tarde al salir de la escuela me encuentro con mi palomito, me miraba con ternura, yo reaccioné gritando con ansias ¡Papi!, cruza la calle y me toma en sus brazos, volvía a ser la niña de sus ojos. Camino a casa, él no hablaba, recuerdo bien su cabeza agacha y sus ojos tristes, así que tomé la iniciativa y dije:

- Papito, al llegar a casa, ¿podrías cantar esa canción que tanto nos gusta?
- Mi palomita, no creo que sea posible. Debo ir urgente a ver a un amigo. Al llegar a casa te dejaré con tu madre. - respondió acongojado.
- Quiero ir contigo, será un secreto de palomos. Porfa, porfa, porfa. - insistía en mis intentos de esperar una sonrisa y un gran ¡Sí!
- ¡He dicho que no! - me respondió irascible.

Recuerdo que en ese momento su cara se transformó y no volvió a manifestar ninguna palabra de camino a casa. Al llegar me dejó en la entrada, sus manos resbalaron junto a las mías, y se fue. Traté de seguirlo, pero la pena y la incertidumbre hicieron que me detuviese a mitad de cuadra. Esa noche no volvió y en casa nadie preguntaba por él, mi abuela y mi madre hacían sus quehaceres como si la ausencia de mi padre no existiera, tampoco quise preguntar por él, tuve miedo por primera vez de perderlo y preferí no manifestar mi dolor.

Pasaron los días, hasta que una noche a hurtadillas fui a la cocina para robar unas galletas de anís. Me escondí debajo de la mesa para regocijarme de esas regalías que hace tiempo ya no disfrutaba, al cabo de unos minutos, mi madre y mi abuela se hacen presente en el lugar y escuché a mi madre decir:

- ¡Mama!, está vivo, hoy me ha llamado a la fábrica, me pidió que no dijese su nombre, lo escuche mamita- decía con voz quebradiza.
- Es mejor que no nos hagamos ilusiones, no puede volver a esta casa, nos pondrá en peligro a nosotras y a la niña.
- Lo sé, pero Laura...
- ¡Laura es una niña! Y cuando crezca ya se habrá olvidado de Alonso. - interrumpió mi abuela enseguida.

Para los días siguientes, mamá dijo que deberíamos acostarnos más temprano de lo habitual, me decía que la luna saldría más anticipada y que en las calles no se podía andar.

Corría el año 1973, en mi hogar toda la luz que algún día me dio calidez, se había apagado, todo el mundo tenía miedo, militares por todos lados con sus enormes rifles apuntando a donde se les diera la gana. Cada día pensaba en mi padre, a veces con amargura, otras con rabia y la mayoría del tiempo con amor. Una tarde mi madre llega a casa con un sobre, una corazonada me aseguró que se trataba de mi palomito y así fue, yo leí esa carta y a duras penas con mi lectura deficiente pude entender “querida mía, según los pensamientos de los poderosos, somos del lado equivocado para esta época oscura. Sé que el miedo inunda tu corazón, sé que por mis ideales nos hemos distanciado, estaré bien donde quiera que sea, acordándome siempre de mis dos amores. Cuida a Laura y no levantes sospechas, sobre todo en las calles. Hay milicos rondando, y hay personas del bando contrario que te podrían delatar. Confío en tu astucia que me enamoró desde cabro chico. Con amor, Alonso.” Con la ilusión de volver a verlo, hice una carta que jamás tuvo destino, hasta el día de hoy no ha sido entregada.

Una mañana, mi madre y yo salimos de casa para visitar a una amiga de la familia que sufrió la “perdida” de su hermano. Así le decían en secreto, pero la verdad fue que se lo habían llevado. En el camino temerosas de los ojos penetrantes de alguno que otro vecino, caminamos a toda prisa. Al llegar, lo único que recuerdo fueron segundos de alivio, emoción y la incertidumbre de verlo a él, tan delgado, tan destruido, pero con los mismos ojos marrones que nos miraban con ternura. Solo fueron segundos hasta que, de un momento a otro, veo como golpean a mi palomito, recuerdo los gritos de mi madre, y los golpes que le propinaban a mi padre. - suéltalo, déjalo tranquilo, gritaba mi madre mientras me abrazaba con fuerza y trataba de taparme los ojos. En cosa de segundos, me abalancé sobre él como pude, me escabullí entre los hombres que lo sujetaban y me abracé a su cuello. Le pedía que no me dejara, le decía que lo amaba. Como pudieron los militares me separaron de él. Se querían llevar a mi madre, pero ella suplicaba que tenía una hija, que por favor no se la llevaran, uno de ellos me miró con displicencia, se dirigió a mi madre y exclamó: - “Si usted es sorprendida en alguna actividad política o hace algún tipo de contacto con Alonso Paredes, será detenida sin clemencia alguna, le recomiendo que por el bien de su hija se vaya de aquí, o correrá sangre”

Recuerdo ese día, lo subieron a un camión grande y armado, le vendaron los ojos y se lo llevaron sin duda alguna mientras mi padre gritaba desesperado. - ¡las voy a encontrar, se los juro! . Un militar se reía a carcajadas y nos hizo un ademán para que nos retiráramos del lugar. Nunca en mi vida corrí tanto junto a mi madre como aquella vez.

Jamás volví a ver a mi padre, dicen que lo llevaron al estadio junto a otros y que fue ahí donde lo mataron, jamás hayamos su cuerpo, otros dicen que murió de pena y podredumbre del lugar donde se encontraba. Yo crecía y mientras más investigaba respecto a su paradero, más me decepcionaba.

Me iba quedando sola, mi madre murió de pena y mi abuela de un ataque al corazón. A pesar de haberte traído al mundo, nunca logré comportarme como la madre que merecías. Ahora me pongo a pensar que jamás te conté un cuento y muy pocas veces te preparé desayuno antes de la escuela. Sé que, por mi culpa, por buscar respuestas que jamás llegarán, el odio a los poderosos y la falta de mi padre, nos alejamos a tal punto que hay veces en que se me olvida hasta tu cumpleaños.

Aquí todo es triste Ana, las personas se van mientras llega otra a tomar su lugar. Las enfermeras han dicho que pronto me darán el alta, dicen que mi corazón está mejor, que debo cuidarme para vivir más años porque soy joven. Yo pienso que fue la pena que hizo que mi corazón se detuviera por unos momentos. A menudo me preguntan si tengo familiares y no les he hablado de ti, no quiero hacerme ilusiones, sé que tienes tu vida y está muy lejos de la mía. Cuando vuelva a casa, seguiré con la investigación. Sé que crees que me he vuelto loca, pero estoy segura que esta vez, puede que sepa de mi padre. Al menos para hacerle una animita y poder escribir: “¡Ay! Mi palomito, que una sola vida tengo y por ti la he de perder”.

Daronoso